

## CAPÍTULO VI

## Salus infirmorum

Un sentimiento mixto, compuesto á la vez de intenso regocijo y de profunda pena, agitó el abatido corazón de Amalia cuando, envuelto en las blanquecinas claridades del alba, vió regresar á su querido Paco. De regocijo, porque contemplaba vivo al que había creído muerto; de pena, por la triste y descompuesta figura en que el estudiante se le presentaba.

Con el traje empapado y cubierto á trechos de grandes manchas de lodo, con el sombrero de copa erizado, apabullado y enlodado también, con las facciones afiladas y de una palidez mortal, con los ojos irritados y llorosos, hinchados los párpados, los labios cubiertos de una gruesa costra, y con el paso tardo y vacilante, entró Pacotillas al cuarto en que Amalia había pasado la noche más horrenda y tenebrosa de su vida.

Cuando la joven, colgándose á su cuello, y estrechándole con fuerza entre sus brazos, le preguntó lo que le había pasado, él contestó, con balbuciente voz, apagado tono y dificultosa pronunciación:

— ¡Una gran desgracia, alma mía!

— ¿Pero qué ha sido? — dijo Amalia con ansiedad, y contemplando las trazas lastimeras de su amante, comenzó á sollozar y luego á llorar.

— Dame agua, — le dijo Paco.

Amalia se desprendió de los brazos del joven, mientras éste se dirigió con gran dificultad á la cama, sentándose en la orilla y respirando con gran fatiga. Amalia le presentó el agua, él bebió con ansia, la joven se sentó á su lado, y palpando por diversas partes la ropa de Francisco, le dijo:

— ¡Dios mío! ¡estás empapado! ¿qué tienes?

— Me muero de frío.

— Quítate esa ropa, métete en la cama, á ver, te ayudaré.

Se puso la joven á desvestir á Pacotillas, los sollozos la ahogaban, dió al joven ropa seca, lo acostó y lo abrigó con esmero. Cuando le quitó el chaleco, notó que faltaban el reloj y la cadena, no se atrevió á preguntarle por ellos, hasta que hubo pasado un rato le dijo con inquietud:

— Me parece que no traes la cadena.

— ¡Ay! hija, ya no existe; te dije que me había pasado una gran desgracia, acércate, que estoy muy fatigado y no puedo levantar la voz.

Pacotillas se acercó á la pared para hacer lugar á la joven, ésta se recostó á su lado, le pasó un brazo por detrás del cuello y acercó su rostro al del joven. Al notar el repugnante olor del aliento de éste, no pudo reprimir un movimiento de disgusto, y retiró el rostro.

— Tienes razón para alejarte de mí, lo que me ha pasado es vergonzoso; soy un miserable, indigno de tí.

— No digas eso, bien mío, — le contestó Amalia, queriendo consolarle.

— Sí, he cometido una gran falta, y recibido un castigo cruel, aunque merecido.

— No seas *tontito*, qué falta has de haber cometido, todo ha de haber sido una desgracia.

— ¡He cometido una gran falta! te he olvidado durante muchas horas; la roja llama de la embriaguez caldeó mi cerebro y borró tu blanca imagen, ya ves cuán caro me ha costado... ¡ay! ¡ay!

No pudo continuar, se llevó las manos á las sienes y se las apretó con fuerza, su palidez aumentó, le bañó la frente un sudor frío; hizo á Amalia señas de que se apartara; mas ésta, asombrada y llena de angustia, le preguntaba con insistencia:

— ¿Qué tienes, hijito? ¿qué tienes?

— Basca, — contestó éste con voz apenas inteligible, — retírate, no me veas.

Amalia se retiró en efecto, mas fué para presentar á Paco una vasija, en que vertiera el repugnante resultado de aquella operación. Venciendo la joven su asco, subió al lecho, estrechó con uno de sus brazos el cuello de Paco, sosteniendo con la otra mano la vasija; el infeliz sufría la mayor angustia, la náusea le producía una congoja horrible, le lloraban los ojos, se le hinchaban las venas de la frente y sienes y lanzaba ayes lastimeros.

La mayor consternación se pintaba en el hermoso rostro de Amalia, ya veía á Paco con inmensa ternura, ya levantaba los angustiados ojos, de los cuales resbalaban lágrimas cristalinas, que caían como rocío celeste sobre la marchita frente del joven. Pasó la penosa crisis,

Pacotillas respiró con fuerza, Amalia le limpiaba cariñosamente los labios; Paco clavó en ella los ojos lacrimosos, y le dijo:

— ¡Qué buena eres! me pareces aquel ángel custodio de que me hablaba mi padre; con razón fui tan desgraciado anoche, sí, en hora funesta te apartaste por vez primera de mi memoria. Ya me repuse un poco; siéntate aquí, muy cerca de mí, ¡ay! consuélame, me siento muy desgraciado, muy avergonzado, muy humillado, muy degradado, me ha pasado lo que jamás imaginé que pudiera pasarme. ¡Ay! Amalia, me mata la vergüenza, depréciame, aléjate, no soy digno de tí.

— No digas tonteras, hijito; yo no puedo despreciarte, porque conozco tu corazón y es muy noble; porque te quiero con toda mi alma; no eres desgraciado, pero aunque fueras el más infeliz de los hombres, me tendrías siempre á tu lado.

— ¡Cuánto me consuelan tus palabras! ahora óyeme, voy á contarte, punto por punto, mi desgracia, como tú la llamas en tu bondad, ó mi gran falta como debe llamársela.

Y haciendo largas pausas y con frases entrecortadas, refirió que la conversación que tuvo con Hernández, tipo de los más antipáticos, le había hecho mucho daño; que el tal le convidó á tomar una copa en el café de la Bella Unión, lo cual aceptó por cortesía, que la copa fué repetida varias veces, y, poco á poco, se le fué turbando la cabeza, y se le fueron trastornando las ideas; que salieron de allí, ya bastante tarde, que no se acuerda exactamente la hora que sería; que su acompañante se despidió, y él

echó á andar á la ventura; que lo que pasó después apenas lo recuerda, pues se le presenta más confuso, que si hubiera sido un sueño. Sólo se le grabaron profundamente algunos detalles: una noche húmeda y fría, una luna melancólica y triste, un cielo cargado de negras nubes; que él sentía una ansiedad que rayaba en desesperación, y un verdadero frenesí de beber y de beber los licores más fuertes.

Que después de andar varias calles, recuerda confusamente haber entrado á una cantina, donde un desconocido le ofreció una copa, brindándose á acompañarle; que le llevó á otra cantina, de la que también recuerda vagamente ciertas particularidades: que había mucha gente desconocida, bebedores de mala facha, jugadores de dominó; que él y su compañero tomaron varias copas, que recuerda haber sacado el billete para pagarlas, y que el desconocido contó lo vuelto y se lo entregó, saliendo luego los dos.

Que todo fué salir y perder completamente la conciencia de sí mismo; que se hizo en su vida un vacío tenebroso que, por más que esfuerza su memoria, no lo puede llenar; que lo sacó de aquel horrible y total eclipse de sus sentidos una sensación de frío penetrante, que le calaba hasta los huesos; que con la mayor confusión y asombro advirtió que estaba tirado en el suelo, en un lugar solitario, sombrío, oscurísimo, que, por lo pronto, le pareció un bosque; estaba en un charco de agua, sin sombrero y enteramente mojado.

Creó soñar, creó haberse vuelto loco, se palpó, para reconocerse y convercerse que era él mismo; se incorporó

con mucho trabajo, buscó á tientas el sombrero, lo levantó del suelo y se lo puso. Se puso en pie, para orientarse y averiguar dónde estaba; distinguió la luz del alumbrado público, se hizo cargo de que estaba en la Alameda, pues pudo reconocer la Torre de San Diego y la de la Santa Vera Cruz. Durante sus cavilaciones, oyó dar las cuatro de la mañana, tiritaba de frío, le dolía mucho el cuerpo y más todavía la cabeza; con todo, hacía esfuerzos para explicarse lo sucedido; de súbito se acordó de su reloj, cadena y dinero, y notó, con gran pesar, que nada llevaba consigo.

Que aquella pérdida le aclaró el misterio: el desconocido había sido un ladrón, que de intento lo embriagó hasta reducirlo á cuerpo inerte, y en tal estado, lo llevó á la Alameda, lo despojó de sus prendas y lo dejó abandonado.

Que ya que se hizo el cargo bien de la situación, trató de encaminarse á su casa, y que lo hizo en el más lamentable estado; que corría por las calles como un loco, que se moría de frío, de vergüenza y confusión, que le atormentaban insufribles náuseas, y, como todavía no recobraba del todo el conocimiento, extraviaba á menudo el camino; que ya estaba aclarando cuando llegó á la puerta del zaguán, que todavía estaba cerrada, y tuvo que esperar hasta que abrió la casera.

Amalia oía consternada aquella relación penosa, de vez en cuando se enjugaba las lágrimas, pues no podía menos que llorar al imaginarse la miserable situación en que su amante pasó la noche, oprimiéndosele el corazón bajo el peso de aquella visión espantosa.

La discreta niña procuró distraerlo y consolarlo, nada le dijo de sus espantosos terrores, de sus horribles congojas, hubiera sido afligirlo más. Bastante confuso y avergonzado estaba el pobre, le contó que tuvo mucha inquietud y algún miedo; pero que, por fortuna, se apoderó de ella un sueño irresistible y se quedó dormida como una piedra.

De repente una palidez lívida cubrió el semblante de Amalia, se le nubló la vista, le zumbaron los oídos, sintió que se desmayaba y, por más que se esforzó en disimularlo, tuvo que asirse de Paco.

Alarmado éste, la enderezó, le hizo aire con el pañuelo, logró volverla en sí y le preguntó con suma ansiedad qué tenía.

—Ha de ser debilidad,—dijo Amalia,—anoche no tuve gana de cenar; tú tampoco has de haber cenado, ¿verdad? ¿Qué quieres que te disponga?

—La sed es la que me atormenta. Dame un vaso de leche.

La pobre muchacha, luchando con la debilidad y el cansancio, salió al patio en busca de la mujer que le hacía los mandados, volvió á poco y encontró á Francisco en más mísero estado que antes. Le había invadido un calosfrío atroz, estaba acurrucado en la cama, arropado hasta la cabeza, tiritaba, su respiración era acelerada y difícil.

—¡Dios mío! ¡Francisco! ¿Qué tienes?—le dijo, acercándose y examinándole con vivo interés.

—Nada, hijita, me he de haber resfriado, y se me ha clavado un dolor en una costilla,—dijo el estudiante,

procurando mostrarse tranquilo; una sacudida de tos le cortó la palabra, tomó á toda prisa el pañuelo para escupir, y Amalia se estremeció al notar que había escupido un líquido rojo como polvo de ladrillo; pensó con angustia en la pulmonía, la cruel enfermedad que había enlutado su corazón, arrebatándole á sus padres.

—Tú estás muy malo, hijito, dime, ¿qué te hago?

—No mucho, no te apures, no es cosa, dame una friega de aguardiente, pónme un sinapismo en el costado derecho, hazme una infusión de violetas; no te aflijas, no será más que un resfrio, dame papel y lápiz para llamar á Patillitas, á ver qué le parece lo que tengo.

Pacotillas estaba bastante alarmado, el fuerte calosfrío que le asaltó, la sofocación que le ahogaba, la tos frecuente que le acometía, el rojizo esputo que arrojaba, así como el dolor del costado que, á modo de estaca, le atravesaba el pecho, le indicaban claramente que estaba enfermo de pulmonía.

Dominando Amalia su aflicción, se apresuró á cumplir las órdenes del enfermo; con mucho desgano, y sólo para no sentirse tan débil, tomó un ligero desayuno. Patillitas llegó á las diez, reconoció esmeradamente á su amigo; el caso le pareció serio, y propuso ir en busca de Santa-Anna para combinar entre los dos lo que más conviniera hacer.

Amalia estaba llena de congoja, Paco estaba ardiendo en calentura, el termómetro de Patillitas señaló más de cuarenta grados, la frente y sienes del enfermo ardían, se oía su ruidosa y difícil respiración, su tos fatigosa, seguida de aquel horrible líquido color de ladrillo.

Como á las doce regresó Patillitas en compañía de Santa-Anna. Reconocieron al enfermo, Pacotillas, sentado en la cama, con la cabeza inclinada hacia adelante y los brazos colgando á lo largo del cuerpo, presentaba sus espaldas á las manos expertas y á los finos oídos de su compañero Santa-Anna; Patillitas murmuraba de vez en cuando algunas palabras al oído de Santa-Anna, y señalaba con la extremidad del índice ciertos puntos de la espalda del paciente, sobre los cuales se apresuraba Santa-Anna á aplicar el oído; el novel doctor cerraba los ojos y fruncía el entrecejo, para concentrar su atención en el fenómeno.

A algunos pasos de distancia estaba en pie la desconsolada Amalia, viendo con inquietud á los futuros médicos y con mucha ternura al enfermo.

Terminado que fué el examen, Pacotillas clavó en Santa-Anna los angustiados ojos y le dijo:

— Es pulmonía, ¿verdad?

— Sí, — contestóle Santa-Anna, — pero no te acobardes, está bastante limitada; sólo se oyen estertores en muy corta extensión, la inflamación es franca, tú tienes buena constitución; creo que esto acabará bien.

Amalia, que no podía acallar su inquietud, preguntó á Santa-Anna:

— ¿Qué, de veras no está muy malo?

— No, no se alarme usted, lo que importa ahora es calmarle el dolor y restaurar sus fuerzas.

Prescribió lo que tuvo por conveniente, y después de explicar á Amalia el modo de administrarlo, recomendándole la eficaz aplicación de las medicinas, se fueron él y

Patillitas. Este último quedó encargado de la curación, salvo el consultar á su aventajado compañero cuando el caso se pusiese dificultoso.

Quedó Amalia sola con su enfermo, aquel joven que hasta allí le debió horas de ventura, esperaba de su eficacia la vida y la salud; esta reflexión infundía en Amalia fuerzas desconocidas, comprendía cuán útil era durante aquella dura crisis al infortunado enfermo, cuya vida estaba pendiente de sus cuidados.

Luego que se despidieron los intonsos galenos, se acercó Amalia al enfermo, le hizo mil caricias, le dijo palabras consoladoras y tiernas; y después de haber curado así el alma del ser confiado á su amor, pensó en proporcionar al cuerpo del joven las medicinas que tan urgentemente reclamaba.

Estaba de malas la cariñosa enfermera, la mujer que le hacía el mandado no parecía; Amalia vaciló un poco, pues le repugnaba salir á la calle, y además temía dejar al enfermo solo; mas no hubo remedio, y procurando que Pacotillas no lo advirtiese, tomó camino de la botica para comprar las medicinas recetadas. Estuvo á punto de morir de desesperación, se necesitaba algún tiempo para que la receta fuese despachada, y hasta pasados tres cuartos de hora, que á ella le parecieron otros tantos siglos, no pudo volver á su casa.

Regresó sofocada y jadeante, y se acercó al lecho del enfermo, el cual, con la cara vuelta hacia la pared, se había quedado dormido; se oía su respiración ruidosa y entrecortada, intercalada con lastimeros ayes. Amalia lo contempló con ansiedad, le puso una mano en la frente y

se horrorizó al sentírsela tan abrasadora, se enjugó las lágrimas, y rebullendo suavemente al dormido enfermo le dijo:

—Hijito, toma tu medicina.

El enfermo se incorporó con dificultad, y tomó la primera dosis.

—¿Sufres mucho? — le preguntó Amalia.

—No, — contestó Paco, procurando sonreír; mas lo ansioso de su respiración y la contracción de sus facciones desmentían sus tranquilizadoras palabras.

—Y tú, ¿ya comiste? — le preguntó Paco.

—No te apures por mí, ya voy á comer.

Eran cerca de las dos de la tarde, y en todo pensaba Amalia, menos en comer; aquella pregunta le recordó que debía restaurar sus fuerzas; encendió con presteza la lumbre, asó una costilla, entibió dos huevos y se dió por satisfecha. El régimen alimenticio del enfermo fué muy sencillo, se redujo á un pozuelo de leche cada tres horas; la enfermera se devanaba los sesos para poder calcular el tiempo. Patillitas volvió en la noche, reconoció al enfermo, no lo encontró peor y ordenó que se insistiera en el mismo régimen.

Despedido que se hubo el amigo de su amante, Amalia acercó una silla á la cabecera del lecho y se sentó, el enfermo había vuelto á dormirse; la joven escuchaba con dolor la respiración fatigosa, los dolientes ayes y la incómoda tos de su compañero.

Le admiraba sentirse tan fuerte, después de una noche de espantoso insomnio, en que la agitaron tan horribles impresiones y la atormentaron tan crueles inquietudes;

después de un día de tantas agitaciones y de tantas fatigas, no se desfallecía, no caía exánime y rendida, comprendía que debía sacar fuerzas de flaqueza, que su puesto de honor estaba junto á aquel lecho, en que gemía el único ser á quien ella amaba. En ratos recordaba la horrible noche anterior, y sentía gran consuelo al ver que su amante estaba cerca de ella, sometido á sus cuidados; otras veces se afligía por verlo en tan lastimoso estado.

Cuando Pacotillas tosía, cuando respiraba con más dificultad, cuando se quejaba, Amalia no podía contener las lágrimas. En ratos despertaba el enfermo, y veía á su compañera con ojos muy tristes; ésta le sonreía cariñosamente, le preguntaba cómo se sentía, le acariciaba, le daba medicinas ó alimentos, según el caso; y las pesadas horas de aquella noche se aligeraban para ella, cumpliendo deberes tan gratos.

Muy tarde debía ser cuando rendida por el sueño y la fatiga, se durmió un rato sentada en la silla, y reclinándose en la misma almohada en que reposaba Pacotillas la dolorida cabeza; la respiración apacible y regular de Amalia producía extrañas discordancias, asociándose á la ruidosa y acelerada del enfermo.

El día siguiente una pena de otra índole oprimió el corazón de Amalia: los recursos se habían agotado; cuando Patillitas llegó, recetó nuevas medicinas, y Amalia pensó en ir al empeño; Patillitas observaba la indecisión de Amalia, sospechando la causa, y para cerciorarse de la verdad prolongó bastante su visita con distintos pretextos. Amalia iba y venía por la pieza, demostrando su impaciencia; resolvióse al fin, y recatándose lo más que

pudo, hizo un lío con uno de sus vestidos y salió con el pretexto de ir á ver á la portera, suplicando á Patillitas que la esperase.

Este acechó á la joven con mucha maña, observó que Amalia salió á la calle, la siguió con disimulo, la vió entrar al empeño de la esquina, y regresó muy conmovido al lado de su amigo; á poco volvió la hermosa muchacha y Patillitas se despidió enternecido por lo que había presenciado.

— ¡Infelices! — iba pensando por el camino, — ¿qué va á ser de ellos los días que dure la enfermedad de Pacotillas? ¡Qué diablo! ¿Cómo haré para auxiliarlos? Ofrecerle dinero á Pacotillas es afligirlo, tiene mucha calentura y no se hace cargo de la situación; ofrecerlo á esa pobre muchacha es mortificarla, es muy poquita cosa y de todo se avergüenza.

Después de pensarlo mucho, discurrió un medio que le pareció tan delicado como sagaz, causándole tal placer el descubrimiento, que por poco salta de gusto, poniéndose á gritar ¡eureka! como de cierto sabio de la antigüedad se refiere.

Volvió á mediodía, dormía Pacotillas y Patillitas dijo á Amalia que aquél le había prestado diez pesos en otra ocasión; que á él le acababan de pagar una cuenta, y que, antes que se le acabase el dinero, quería saldar la que con Pacotillas tenía.

Estas explicaciones las hacía aquel buen amigo turbado y sin atreverse á ver á Amalia de frente, temeroso de que ésta, con la sagacidad propia de su sexo, sospechara el noble ardid. Por fortuna la chica no estaba para hacer

observaciones, creyó el cuento de Patillitas, y vió el cielo abierto en aquel recurso inesperado; sólo por cumplimiento se rehusó un poco, diciendo al joven que no corría prisa, que ellos no tenían urgencia, y otras mentirijillas por el estilo.

Se quedó sola con el enfermo, la angustiaba una inquietud mayor que la de la víspera. Entonces el gusto de haber vuelto á ver á Paco, la fatiga que le abrumaba cuerpo y espíritu, la habían aturdido, no dejándole ver con claridad la situación. Mas ahora, que había descansado un poco, veía de frente la cruel enfermedad que postraba á su amante, que le abrasaba las sienes, que le oprimía el pecho, que le ahogaba, y Amalia sentía las más punzantes inquietudes.

Cuando el enfermo era acometido por la tos, cuando se quejaba mucho, cuando la espectoración tomaba peor aspecto, Amalia sufría en el alma, tanto ó más que Pacotillas en el cuerpo y la espantosa imagen de la muerte del ser querido se dibujaba en su espíritu con aterradora precisión.

En esos momentos de angustia se desahogaba, acariciando al enfermo, consolándole, mimándole, rodeándole de los mayores cuidados, informándose de su estado con su voz más dulce y dándole las medicinas.

Por la noche llegó Patillitas, y, aunque nada dijo, le pareció á Amalia más preocupado que de costumbre; cuando se fué aquél, se apresuró ella á ver el papel en que anotaba la temperatura del enfermo; vió con horror que la de esa tarde había sido de cuarenta y un grados, observó con desesperación que Francisco estaba

más postrado, que respiraba con más dificultad, que la tos había arreciado, que la piel estaba más caliente; las facciones del joven estaban marchitas y afilada la nariz, su tez tomaba un tinte amarillento, é iluminada por la vela fingía la palidez de un cadáver.

El enfermo hablaba muy poco, le fatigaban en extremo las palabras que articulaba, estaba recostado ó acostado de lado con la cara vuelta á la pared y mostraba cansancio é indiferencia.

Mucho padeció Amalia esta segunda noche, deseaba con ansia que amaneciera, para agobiar á preguntas á Patillitas á fin de saber la verdad. ¡Ah! la verdad, ¿cuál sería? no osaba pensar en ello, no le cabía en la imaginación que Francisco pudiera morir.

Se alarmó mucho al siguiente día, porque Patillitas no llegó solo, sino acompañado de Santa-Anna; no le había engañado su generoso instinto, su amante se había puesto peor.

—¿Cómo te sientes, Paco?—dijo Santa-Anna, acercándose al enfermo.

—El dolor ha calmado, pero la opresión es mayor; me siento muy débil.

—Siéntate, te voy á auscultar, — le dijo Santa-Anna.

Y procedió á reconocer el pecho de su compañero, después se retiró con Patillitas á un rincón, conferenciaron en voz baja, y, dirigiéndose á Amalia, le dijo Santa-Anna:

—Nos ha parecido oportuno aplicar un vejigatorio, Álvarez se quedará aquí á ponerlo y á la noche vendrá á levantarlo; — dirigiéndose á Pacotillas, le dijo:

—No te asustes, no estás muy malo; pero hay alguna congestión colateral, y para evitar que la flegmasia se extienda, te vamos á poner un vejigatorio.

Pacotillas hizo á Santa-Anna señas de que acercara el oído para hablarle en secreto, y le dijo:

—Por mí no me importa morir, sino por ese ángel, que es tan buena como desgraciada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y luego dijo en voz alta, como si se hubiera resignado á todo:

—En fin, tal vez eso sería lo mejor.

—No pienses en eso, — le dijo sonriéndose Santa-Anna;—no seas cobarde,—agregó acariciándole la frente, y luego le dijo en secreto:

—¡Mira! la estás afligiendo.

En efecto, Amalia, como si hubiera escuchado las palabras de Pacotillas, se había apartado y lloraba silenciosamente.

—No se acongoje usted, — le dijo Santa-Anna, — no hemos ordenado el vejigatorio porque esté más malo, sino para evitar una complicación.

Y se despidió. Ese día quiso Dios que hubiera quien trajera las medicinas; mientras venían, Patillitas procuró tranquilizar á Amalia, explicándole la situación del enfermo; casi casi, le dió una lección de clínica, de la que muy poco aprovechó la afligida muchacha.

Puso Patillitas el vejigatorio y se despidió á su vez, volvió por la noche, y procedió á levantar el revulsivo, lo cual causó nuevas torturas al corazón de Amalia.

Cuando quedó sola con el enfermo recurrió á sus desahogos habituales: llorar á excusas de Paco, acariciarle,



arrodillarse ante su Virgencita y pedirle el alivio del enfermo. Así pasó por tercera vez las interminables horas de la noche, en que se agravan los sufrimientos de los enfermos y las congojas de los afligidos.

Tantas vigiliias, tantas ansias, tantas fatigas, no fueron estériles. A los ocho días de enfermedad, Paco entró en convalecencia, y, acariciando á Amalia, le dijo:

—Antes te debía la dicha del alma, hoy debo á tus cuidados la salud. ¡Dios te lo pague!

## CAPÍTULO VII

### «El Independiente»

Don Marcos Sepúlveda y Ayestarán era, aunque persona muy estimable, un monomaniaco muy singular. Su exaltado liberalismo, su intenso amor á la democracia y su fe ciega en el progreso de los pueblos, le habían desequilibrado, secándole un poco el cerebro, y convirtiéndole en un personaje excéntrico y raro, en una especie de loco manso, que si en los prosaicos tiempos que alcanzamos no conseguía más que singularizarse, en otros, más bravos y revueltos, hubiera podido adquirir las proporciones de un héroe.

Era hombre de extensa, aunque poco variada, lectura, pues no le interesaban más que las obras en consonancia con su radicalismo exaltado. Los escritores franceses del siglo pasado, principalmente Montesquieu, Rousseau y Voltaire, echaron los cimientos del edificio de su instruc-

ción, frases bombásticas de Emilio Castelar, paradójales conceptos de Víctor Hugo, vagas especulaciones de Pelletán, floridas sentencias de Lamartine y otros materiales análogos, unidos con la poco coherente argamasa que daba de sí el estéril cacumen de don Marcos, habían dado cima á la poco sólida, aunque churrigueresca fábrica de sus ideas.

Era clerófobo exaltado y enemigo acre de todas las religiones positivas, que en su concepto no eran más que groseros embustes, inventados por los sacerdotes para explotar á las multitudes, manteniéndolas sumergidas en las tinieblas de la ignorancia. La aversión de don Marcos á los sacerdotes sólo podía compararse con la que le inspiraban los reyes, los verdugos de los pueblos, los parásitos coronados de la humanidad, los bebedores de la sangre y zumos de las naciones, como él les decía.

Un rey era para don Marcos el enemigo nato del género humano, y los más crueles atentados, que se han consumado en testas coronadas, no le parecían más que justas, aunque por desgracia, muy raras represalias. Jacobo Clement, Ravailac, asesinando respectivamente á Enrique III y á Enrique IV, no habían hecho, según don Marcos, más que vengar á la humanidad. Este señor, parodiando á los convencionales más rabiosos, hubiera sido capaz de sostener: que asesinar á un rey, no era cometer homicidio, porque los reyes no son hombres, sino devoradores de hombres.

Con parecido criterio juzgaba los sucesos de nuestro país, tanto los pasados como los presentes; la conquista fué un horrendo atentado al derecho natural, una viola-